

APÉNDICE
AL PROCURADOR GENERAL
DE LA NACION Y DEL RET.

DEL DIA 24 DE ABRIL DE 1814.

IMPUGNACION AL COMUNICADO DEL DUENDE

DE LOS CAFEES DE CADIZ, núm. 249.

¿Qué es esto, señor Procurador? ¿qué es esto? ¿No ha sufrido el pueblo español bastantes desgracias en siete años de la guerra mas cruel que han conocido los siglos? ¿Tantos incendios, tantas ruinas, blanqueando los campos con los huesos de sus valientes hijos, enrojecidos los rios con su sangre, asoladas las ciudades, señoreada la tierra de la viudez y horfandad, tantas hambres, tantos encarcelamientos, tantos sustos y temores, tantas penas, amarguras, congojas, robos, cadalsos, tantas muertes ¿no habrán podido saciar la crueldad jacobina, y se esmerará todavía en buscar los medios mas esquisitos de atormentar nuestros leales pechos? ¡Nos faltaban estos dias en que nos hiciese apurar hasta las heces del cáliz! ¡Dios santo! ¿Es verdad lo que veo? Mis ojos ¿no me engañan? ¿No es una ilusion, es realidad, que en la fiel España, admirada de todas por su lealtad y amor á sus Reyes, en estos dias de júbilo y exáltacion; quando en las concavidades de las peñas, y en los salones de los palacios repiren alegremente los ecos el dulce nombre de nuestro Fernando; quando el labrador en pos de sus bue-

yes, en su taller el artesano, el sencillo pastor y el cortesano discreto cantan á Fernando alegres *vivas*; quando los ancianos y los jóvenes, las mugeres y los niños, y hasta las cosas inanimadas se ven bañadas de gozo, y bendicen al Dios de las misericordias, que ha oído los fervorosos ruegos de los buenos, y ha querido enjugar sus lágrimas, quebrantando las cadenas en que gemía aherrojado su querido Rey; quando le ven ya en su seno, y no se satisfacen sus ojos de mirarle; en este dichoso tiempo, en estos días que fueron el objeto de nuestros suspiros, de nuestras lágrimas y de nuestra esperanza; en estos días repito de gozo y enagenamiento, ¿puede haber quien escriba, hay en efecto quien llame sangrienta á la carta de nuestro Rey, en que nos anunciaba la dicha de su venida? ¿Quien se atreva de una plumada á ennegrecer la candidez de su inocencia, á afeár, quanto es de su parte, toda la hermosura de S. M., y á convertir nuestro justo y constante amor á su Real Persona en odio implacable, y en mortal aborrecimiento? Haylo ¡oh dolor! haylo. Hay quien diga, que *rios de sangre, y arroyos de hiel han sido la triste tinta con que la pluma de un tirano ha formado tan horribles caracteres*; hay quien apellide *tirano* á nuestro amado Rey, á nuestro buen Fernando. Sí, continúa, *solo un tirano podia haberla escrito*. Hombre feroz, insensato escribiente, cierra ese torpe labio, arroja esa pluma venal, mira por tí, atiende á esta destrozada pátria de quien al cabo eres hijo, párate un momento, y piensa. Sabes tú ¿con quién hablas, de quién hablas, y lo qué hablas? ¿Sabes que hablas con la magnánima Nacion Española, que en siete años de viudéz y desamparo, ni ha enjugado sus ojos, siempre llorosos por su amado Rey, ni ha titubeado un momento en su amor, ni por la violencia extranjera, ni por las arterías domésticas? ¿Sabes que

hablas de Fernando, del perseguido Fernando, del protegido del cielo, de aquel generoso Principe para quien los borrones de la calumnia fueron sombras que hicieron resaltar mas el candor de su inocencia, y los tiros y esfuerzos de los maldicientes crisoles de su virtud y estímulos y fuego de amor que abrasa el corazon de sus españoles? Si esto ignoras ¿por qué hablas? y si lo sabes ¿qué es tu osadía, qué tu arrogancia que así te atreves á infamar al Rey justo, y á sembrar neciamente en los pechos españoles el desamor y el aborrecimiento á Fernando? Mas esto al cabo no es sino necedad, ó mas bien locura, desgraciada enfermedad que se ha apoderado de ti como de otros muchos mentecatos, agitados de ideas republicanas, y que sin méritos ni virtudes soñais en el oro de la nacion, en los honores, y en los empleos que jamás podriais conseguir sino á la sombra de la confusion y persecuciones de los buenos. Porque bien sabes tú, ni ninguno de los tuyos ignora, que vuestros esfuerzos contra Fernando han sido siempre vanos, y que no pueden tener otro efecto que el de estimular en unos, despertar en otros, y el radicar mas y mas en todos el amor debido á un Principe, cuyas régias virtudes han crecido con él desde la cuna. Pero valerse para tan depravados fines de insultante estilo, hablarle en tono amenazador, proferir hipótesis odiosas, ostentarse contra su Rey, hinchado, altivo y soberbio; y no como quiera en conversacion privada, no en su Corte esplendorosa, rodeado de sus guardias, y acompañado de Grandes, Embaxadores, Generales y de lucidísimo concurso de caballeros, sino á la faz de toda una nacion, y con voz espantosa que puede hacerse oir en todo el mundo: yo no encuentro palabra con que nombrar semejante maldad, aunque no ignoro la pena que convendria

imponerla, que no es la muerte, no, determinada para menores delitos; sino la pedida por Cicerón para el sedicioso Catilina. El destierro, no como aquel á parage de donde pudieses volver contra España, sino al desventurado sitio qualquiera que él sea donde jamás volviesses á oir el dulce nombre de Fernando. Ninguna pena para tí ménos molesta, ninguna para nosotros mas útil: digo útil, no porque te consideremos tal hombre de quien pudiese temer la nacion su ruina, sino porque nos librabas de la nota para con las demas naciones de que la leal España era el sepulcro de un hombre tan osado. Por lo que toca á tu propio interés, ¿qué mayor que librarte no ya de las palabras ni de acontecimientos populares, en donde tanto como deben son respetadas las autoridades, sino del aborrecimiento que todos tienen á tu maldad, de las miradas significantes que todos arrojan sobre tí, y que nadie puede soportar como no se haya secado en él hasta el mas pequeño gérmen de honradez y deseo de la estimacion de sus conciudadanos? Vete, pues, huye allá léjos, llevate tu maldad y ocúltala, si puedes, en los desiertos á las pantéras y tigres. ¿No adviertes el horror con que te indican por donde quiera que pasas? ¿No ves la compasion del sacerdote, el desprecio del militar, y aquel retitar de pronto todos la mirada que por casualidad lanzaron sobre tí? Y al ver esto, ¿no te encierras en tí mismo, no te confundes, y léjos de eso caminas con erguido cuello y con altiva frente, corres las tiendas y las calles, los paseos y las plazas? Mas á ¿qué me canso en persuadirte? Ninguno de tu secta cedió jamás á la fuerza de las razones: justicia, justicia, esa junta de Censura, esos jueces que se mostraron tan severos con el Procurador General por llamar *infernál suelo* al suelo de Cádiz, al que produjo frutos abundantes

de la especie de tu maligno papel: ese juez que sin causa (como él mismo lo ha declarado en la sustancia) tuvo arrestado y sin comunicacion, con escándalo de toda España, al señor Esperanza, Gobernador del obispado de Cádiz, ¿qué hacen? ¿en qué piensan? ¿Cómo defienden el honor y respeto debido á la magestad del Rey? Y vosotros ilustres varones de la Regencia de las Españas, vosotros que fuisteis colocados en el alto punto en que os veis, para que desplegaseis toda vuestra energia en la causa de dicho Gobernador, que no era otra que haber usado del derecho de representacion inherente á la verdadera libertad del ciudadano, ¿callareis ahora, os estareis pasivos en medio de vuestra celebrada actividad, mirareis con indiferencia un delito tan atroz, permitireis que ande con nosotros, que respire nuestro mismo ayre, que manche nuestra compañía, é impregne esta atmósfera con su pestífero aliento el que insulta con sus palabras, y atropella con tono amenazante la magestad de nuestros Reyes? No, no digo esto, porque desee que se repitan los exemplares del abuso y confusion de los poderes; pero en causas como ésta en que el criminal parece que intenta la ruina de la nacion, hay delaciones, hay encargos, hay manifestaciones de los daños que puede originar el que prescindiendo de otras cosas, se opone al espíritu público, y vulnera el objeto del amor de todos los españoles. ¿No sentis el contraste de las públicas aclamaciones con la desaprobacion de este insensato? ¿del júbilo general, con su furiosa tristeza? ¿de los gozosos *vivas* que dán á nuestro Rey todas las clases, con sus rabiosas y desesperadas expresiones? Enhorabuena venga, venga enhorabuena nuestro Fernando, dicen todos; cumplieronse por fin nuestras esperanzas; gracias sean dadas á Dios que nos le envía,

Fernando viva , viva Fernando, viva el buen Fernando , que nos gobernará sin duda en razon y en justicia. *Rios de sangre* , dice este furibundo, *y arroyos de hiel han sido la triste tinta con que la pluma de un tirano ha formado tan horribles caracteres.* Si, (continúa hablando de la primera carta de nuestro Rey) *solo un tirano podria haberla escrito.* Yo no quiero hacer ya mas reflexiones , porque amante de nuestro Rey, temo que se me vaya la pluma , y traspase los limites en que por mis principios he procurado siempre contenerla. Pero entienda su ignorancia este ambicioso escritor, y entiendanla todos los de su clase. Aprendan á conocer la nacion donde hablan ; sepan que tiene todavia España el entendimiento despejado, que todavia sabe elegir el bien , que tiene todavia en medio de la corrupcion que han introducido , tiene su sagrada religion que la manda obedecer á sus Reyes: que es prudente; y son muy recientes las desgracias del bondadoso Luis diez y seis para que los discípulos de sus verdugos puedan separar su corazon de su Rey , ni á su inocente Rey de su amante corazon. No , no se verán, y vuelvo á repetirlo , no se verán en España las sangrientas escenas de los jacobinos franceses: quatro docenas de perversos no podrán conseguir sino lo que una manada de lobos hambrientos que se atreviese á insultar á los leones. El afanado labrador, el laborioso artesano, el venerable sacerdote, el militar valiente, el noble y el plebeyo , el pobre y el rico , ancianos y jóvenes todos aman á Fernando , y todos están dispuestos á derramar su sangre por su honor y su respeto. ¡Ay de aquellos desdichados que no se reconozcan , y continuen por las sendas de los franceses ! ¡Ay de los jacobinos, si no abandonan prontamente su bárbaro proyecto contra el Altar y el Trono !

SENTIMIENTOS ANÁLOGOS Á LAS CIRCUNSTANCIAS
DE LA ESPAÑA.

A pesar de los esfuerzos que el infeliz bando de cabezas atolondradas y almas corrompidas hace en todas partes para sofocar el espíritu público de la Nacion en favor de su adorado Monarca el señor don Fernando VII, prevalece aquel sentimiento universal, noble y generoso que excitándonos en el principio de la revolucion á la guerra con el tirano de Europa, ha sostenido nuestra constancia, y alimenta en el dia nuestro gozo y nuestra gloria.

El grito del pueblo, semejante al bramido de la mar, oscurece y confunde las voces desentonadas de sus pretendidos demagogos; de esos necios presumidos ó viles asalariados, que víctimas de pasiones furibundas nada han omitido de quanto pudiesen contribuir á arrastrarnos á las cadenas de la anarquía. Ellos han blasfemado del Dios que adoramos, y de su santo culto, burlándose de la Religion que lo prescribe: han querido borrar de nuestro corazon el único consuelo sólido que los hombres pueden tener en esta vida de lágrimas y dolor. Su filosofia abominable sepultada hace tiempo baxo las espantosas ruinas de la desventurada Europa; su filosofia, éco funesto de aquella que durante veinte años no ha cesado de revelar á los hombres los secretos de su infelicidad y desdicha, ha tenido la insolencia de querer ensayar sus máximas y preceptos en medio de la nacion mas religiosa y sensata del universo. ¡Qué escándalos no se han visto de este género...!!! ¡Qué multitud de papeles ha circulado en los pueblos y provincias de la piadosa España abortos de la irreligion mas refinada, y dignos frutos de unos corazones corrompidos, sacrificados exclusivamente al ido-

lo de la maldad y del crimen...!!! Anunciando *ilustracion* y bellos conocimientos, los tiernos niños, la incauta juventud iba tragando insensiblemente el veneno que los malvados les habia preparado. Antes de mucho tiempo la Religion de Jesucristo hubiera sido entre nosotros una Religion política, juguete de los impíos, y objeto de disputas y controversias; la libertad civil una estatua monstruosa de oro, que atrayendo con su exterior brillantéz á los sencillos, ocultaria en su seno un elemento de ponzoña, y de muerte. El Dios que quebrantó nuestras cadenas, y alejó de nuestro suelo al tirano que lo oprimia con el inmenso peso de sus bayonetas, nos envia el objeto de nuestros votos, el adorado Fernando. Este jóven Rey, formado en la adversidad y prevenido con todas las qualidades que constituyen la eminencia de la virtud, es como el iris hermoso que en medio de la tormenta anuncia á los navegantes la calma y la bonanza. Sí, Valencianos: teneis en medio de vosotros la prenda mas segura de nuestra comun felicidad; el punto de reunion de todos los hombres buenos, de todos los españoles leales á Dios, á la Religion y á la Patria: entregaos sin reserva á las demostraciones del júbilo que os inspira su amable presencia, y estad seguros que el cielo que ha precedido sus pasos para restituirle al Trono de sus padres, acompaña incesantemente á su corazon.

Fernando el inocente, el justo, el deseado, el padre y amigo de su pueblo, nada puede tener de comun con los reboltosos, los impíos, los promovedores de máximas contrarias al orden y armonia social; en una palabra, con aquellos españoles espúreos, franceses ó africanizados, que á semejanza de una labapestífera arrojada de un bolcan impúro tienen cubierto el suelo de las Españas. = (*Fernand. de Valenc.*)

EN LA IMPRENTA DE DÁVILA.